LA METÁFORA DEL LIBRO EN CERVANTES

No es sorprendente que los estudios sobre fuentes y relaciones literarias ocupen un lugar desmesurado en la bibliografía cervantina.[1] Para un autor que se propone parodiar la cultura literaria de su época, la referencia libresca es un factor esencial en la construcción de los caracteres, de los argumentos y del ambiente mismo de sus obras.[2] Pero no conozco crítico alguno que haya estudiado la poderosa metáfora usada por Cervantes para comunicarnos su intensa visión cómica del poder del libro. La burla de Cervantes se centra en el mal libro: el mal libro, para Cervantes, es un instrumento de comunicación peligroso, explosivo, y esa fuerza maligna se expresa mediante la imagen de *una masa de aire contenida en un recipiente hueco:* una vejiga, una calabaza, una pelota, un perro hinchado. Con su habitual ironía, sin hiel, pero devastadora, Cervantes ha encontrado el tono exacto con que responder a los maliciosos ataques de Avellaneda: ¿qué respuesta más desconcertante podría dársele que comparar su apócrifo *Quijote* al gigantesco pedo de un perro?

Pero ¿ha hecho Cervantes realmente esa comparacion? Sin duda. Una lectura cuidadosa del prólogo de la segunda parte del *Quijote* nos revela la existencia y el sentido de la metáfora; el estudio de otros fragmentos del *Quijote* y el *Viaje del Parnaso* nos mostra-

1. La bibliografía sobre las relaciones de Cervantes con la literatura clásica y renacentista es inmensa, y estaría fuera de lugar intentar dar aquí ni siquiera un resumen elemental. Una indicación de la magnitud del esfuerzo crítico a este respecto nos la da la reciente (y excelente) selección que con el título de *Bibliografía fundamental*, ha publicado Luis Andrés Murillo como complemento a su edición del *Quijote*: en un librito de 141 páginas, la bibliografía de las relaciones literarias del Quijote ocupa 31. Luis Andrés Murillo, Miguel de Cervantes. Don Quijote de la Mancha. *Bibliografía fundamental* (Madrid: Castalia, 1978), pp. 65-96.

2. Dos críticos merecen citarse a este respecto. Arturo Marasso, en su *Cervantes. La invención del Quijote* (Buenos Aires: Biblioteca Nueva, 1949) mostró la enorme influencia que las reminiscencias literarias (especialmente de la literatura clásica) tuvieron en la creación del *Quijote*. Más recientemente Francisco Márquez Villanueva ha estudiado la función de esas influencias en la formación de los caracteres cervantinos y en su elección de temas: *Fuentes literarias cervantinas* (Madrid: Gredos, 1973) *y Personajes y temas del Quijote* (Madrid: Taurus, 1975).

rán la persistencia de la imagen en el espíritu cervantino así como su aparición bajo distintas formas. He aquí cómo Cervantes aplica su metáfora a Avellaneda: acaba de describir la composición del *Quijote* apócrifo como una tentación del demonio, y « para confirmarlo » narra el cuento del loco de Sevilla que hinchaba perros trasformándolos en pelotas de aire:

> [C]ogiendo algún perro en la calle, o en cualquiera otra parte, con el un pie le cogía el suyo, y el otro le alzaba con la mano, y como mejor podía le acomodaba el cañuto en la parte que, soplándole, le ponía redondo como una pelota, y en teniéndolo desta suerte, le daba dos palmaditas en la barriga, y le soltaba, diciendo a los circunstantes, que siempre eran muchos: —¿Pensarán vuestras mercedes ahora que es poco trabajo hinchar un perro?— ¿Pensará vuestra merced ahora que es poco trabajo hacer un libro?[3]

Cervantes es un artista demasiado discreto para elaborar sobre las consecuencias de dejar libre un perro al que se ha convertido en una pelota injectándole aire por el ano; pero el crítico no tiene que aspirar a las cimas estéticas cervantinas. Ese perro lanzará una explosiva emisión de aire mal oliente; y puesto que Cervantes ha insistido en que ese cuento explica la tentación de escribir libros sufrida por Avellaneda, el sentido de la metáfora es claro: su Quipote es el monstruoso pedo de un perro convertido en una pelota por un loco.

No se me oculta que mi explicación resulta sorprendente, sin embargo creo poder afirmar que la evidencia que cito a continuación confirma mi interpretación hasta eliminar toda posible duda. En el capítulo 10 de la segunda parte del *Quijote* Cervantes nos describe el mundo de las letras como un grupo de diablos que juegan con unas pelotas que son realmente libros. Altisidora, en su descenso al reino de la muerte, ha llegado a las puertas del infierno y ha visto a varios demonios jugando así:

> La verdad es que llegué a la puerta (del infierno), adonde estaban jugando hasta una docena de diablos a la pelota... y lo que más me admiró fue que les servían, en lugar de pelotas, libros, al parecer, llenos de viento y de borra, cosa maravillosa y nueva; pero esto no me admiró tanto como el ver que, siendo natural

3. Miguel de Cervantes. *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha;* ed. Luis Andrés Murillo (Madrid: Castalia, 1978), « Prólogo al autor », pp. 34-35. Todas las citas del Quijote se hacen por esta edición.

de los jugadores el alegrarse los gananciosos y entristecerse los que pierden, allí en aquel juego todos gruñían, todos regañaban y todos se maldecían... [A]l primer voleo no quedaba pelota en pie, ni de provecho para servir otra vez: y así, menudeaban libros nuevos y viejos, que era una maravilla. A uno de ellos, nuevo, flamante y bien encuadernado, le dieron un papirotazo, que le sacaron las tripas y le esparcieron las hojas. Dijo un diablo a otro: —« Mirad qué libro es ese ». Y el diablo le respondió: —« Esta es la segunda parte de la historia de don Quijote de la Mancha, no compuesta por Cide Hamete, su primer autor, sino por un aragonés, que él dice ser natural de Tordesillas ». —« Quitádmelo de ahí », respondió el otro diablo, « y metedle en los abismos del infierno: no le vean más mis ojos ». —« ¿Tan malo es? », respondio el otro. « Tan malo », replicó el primero, « que si de propósito yo mismo me pusiera a hacerlo peor, no acertara » (II, 70, 566).

Varias cosas merecen consideración especial en esta visión de Altisidora. En primer lugar, Cervantes nos da aquí una imagen de la historia literaria como un juego de pelota ejecutado por demonios; esos demonios, además, se relacionan (como es propio entre seres infernales) sólo mediante emociones negativas, agresivas: « todos gruñían, todos regañaban y todos se maldecían ». No hay alegria, no existe la amistad, la admiración, en ese mundo diabólico. Finalmente, los libros se describen metafóricamente como pelotas llenas de aire y borra; y entre ellas merece especial consideración una pelota: el *Quijote* de Avellaneda. Nuestro perro lleno de aire era, pues, una forma especialmente ruidosa de la pelota diabólica.

En el *Viaje del Parnaso* encontramos una descripción de ese mundo de pelotas que nos permite precisar con claridad los elementos de esta compleja metáfora. Cervantes describe un intento de invasión del Parnaso por los malos poetas; estos se acercan en una nave; Apolo pide a Neptuno que los ahogue, pero Venus interviene en su favor y los salva transformándolos en calabazas o en odres:

En un instante, el mar de calabazas
se vió cuajado, algunas tan potentes,
que pasaban de dos y aun de tres brazas.
Tambien hinchados odres y valientes
sin deshacer del mar la blanca espuma,
nadaban de mil talles diferentes.

Esta trasmutación fue hecha, en suma,
por Venus de los lánguidos poetas
porque Neptuno hundirlos no presuma.[4]

Neptuno intenta destruirlos atravesándolos con su tritón, pero Venus ruega a Bóreas que con sus vientos los distribuya por los mares y los salve; Cervantes compara a Bóreas llevando esa manada de calabazas y odres a un pastor que guía una piara de cerdos:

En esto Bóreas su furor atiza,
y lleva antecogida la manada,
que con la de los Cerdos[5] simboliza.
Pidióselo la diosa, aficionada
a que vivan poetas zarabandos
de aquellos de la secta almidonada;
de aquellos blancos, tiernos, dulces, blandos,
de los que por momentos se dividen
en varias sectas y en contrarios bandos.
Los contrapuestos vientos se comiden
a complacer la bella rogadora,
y con un solo aliento la mar miden,
llevando a la piara gruñidora
en calabazas y odres convertida,
a los reinos contrarios del Aurora.

Después desta mudanza que hizo el cielo,
o Venus, o quien fuese, que no importa
guardar puntualidad como yo suelo,
no veo calabaza, o luenga o corta,
que no imagine que es algún poeta
que allí se estrecha, encubre, encoge, acorta.
Pues ¿qué cuando veo un cuero? ¡oh mal discreta
y vana fantasía, así engañada,
que a tanta liviandad estás sujeta!
Pienso que el pliego de la boca atada
es la faz del poeta, transformado
en aquella figura mal hinchada.

(V; 205-237; pp. 130-131)

Estos versos nos permiten establecer varias conclusiones. Los poetas mismos, no ya los libros, son descritos aquí mediante metáforas que son simples variaciones de la pelota: « calabaza » y « odre », es decir, cortezas vacías de contenido, llenas sólo de aire (versos

4. Miguel de Cervantes. *Viaje del Parnaso;* ed. Vicente Gaos (Madrid: Castalia, 1973), V; versos 187-195; p. 130. Todas las citas del *Viaje del Parnaso* se hacen por esta edición.

5. Sobre el uso de « Cerdas » por « cerdos » ver Gaos, p. 130, nota 207.

251-252: « ... los poetas transformados-en tan vanas y huecas apariencias »); sobre esa imagen, Cervantes sobreimpone la de un rebaño de cerdos; esos cerdos-odres-calabazas, agitados por vientos distintos y opuestos, se enfrentan divididos « en varias setas y en contrarios bandos », es decir, encontramos aquí otro ejemplo de los demonios siempre en conflicto que habitaban la visión de Altisidora.

Es evidente que esa vacuidad de los poetas y de sus libros, que los convierte en pelotas, en calabazas y odres, en perros o cerdos llenos de viento, corresponde a la falta de sustancia, al vacío intelectual y moral de un arte mediocre. Pero es posible, siguiendo a Cervantes, precisar mas aún la naturaleza de esa oquedad. En el capitulo VI, que sigue inmediatamente al episodio citado, Cervantes describe un sueño en que se le aparece la musa de los falsos poetas, la Vanagloria, asistida de dos ninfas, la Adulación y la Mentira. La Vanagloria es descrita como una giganta llena de aire:

> La enfermedad llamada hidropesía
> así le hincha el vientre, que parece
> que todo el mar caber en él podía.

Ese aire la infla de tal modo que llega a faltarle sitio; un ansia desaforada de ser la primera la hincha, y un afán desmedido e injustificado de fama la transforma en una gigante grotesca:

> Esta que ves, que crece de manera
> que apenas tiene ya lugar do quepa
> y aspira en la grandeza a ser primera
> es la que con designio estravagante
> dio en crecer poco a poco hasta ponerse,
> cual ves, en estatura de gigante.
> Esta que hasta los cielos se encarama,
> preñada, sin saber como, del viento,
> es hija del Deseo y de la Fama.
> (VI; versos 127-129; 150-152; 175-177; pp. 140-142)

La Vanagloria se alimenta de viento; pero ese viento consiste realmente en las vanas alabanzas de la Adulación y los venenosos consejos de la Mentira:

> En fin ella es la altiva Vanagloria,
> es aire, y así crece en un instante
> tanto que no hay medida a su medida.
> La Adulación y la Mentira, hermanas
> ... están continuo en su presencia
> palabras ministrándole al oido

que tienen de prudentes apariencia.
Y ella, cual ciega del mejor sentido,
no ve que entre las flores de aquel gasto
el aspid ponzoñoso está escondido.
(VI; versos 202; 208-210; 219-225; pp. 142-144)

Hemos dado una gran vuelta desde el perro-pelota del *Prólogo* a la segunda parte del *Quijote,* pasando por la visión de Altisidora y el *Viaje del Parnaso*; pero creo poder afirmar que nuestro periplo no ha sido en vano. El perro inflado de aire no es más que un caso determinado de una metáfora mucho más amplia que le sirve a Cervantes para ridiculizar el género entero de los malos poetas: odres de vanagloria, calabazas huecas, pelotas diabólicas, se alimentan de adulación y de mentira. Ignoran que ese aire con que se inflan, ese afán desmesurado e hidrópico de una fama inmerecida, es realmente un veneno del que enferman y que comunican a sus víctimas, a sus lectores. El descomunal pedo de Avellaneda es sólo un ejemplo, entre muchos, de la grotesca Vanagloria de los falsos poetas: los libros de caballerías serían otros; otro aun el teatro que halaga al vulgo. Ese mundo lleno de aire, gobernado por fuerzas diabólicas, dividido en sectas rivales, es simplemente el reino de la mala literatura.

JAVIER HERRERO
Universidad de Virginia, Charlottesville